

Cosecha del 62

María Dolores López Guzmán

Profesora de Teología de la UPCo
E-mail: md.lopez@upcomillas.es

«¿Quién está dispuesto a enterrarse para que la próxima generación, dentro de treinta años, pueda tener mayor respiro?». «Estamos ante un final de ciclo teológico, en tiempo de otoño, de siembra. Y en tiempo de siembra no se ven por ningún lado las cosechas. La gran cuestión es: ¿estamos dispuestos a sembrar hoy en silencio cuando nada aparece como fruto inmediato?». Olegario González de Cardedal¹ expresaba así su visión de la situación actual de la teología. Palabras que recogen una percepción extendida sobre el escenario en el que la generación posconciliar se mueve.

Que el Concilio Vaticano II ha sido uno de los acontecimientos más importantes de la historia de la Iglesia reciente nadie lo duda. Pe-

ro probablemente su dimensión sea mayor que la de formar parte del conjunto de sucesos relevantes para la vida de los creyentes. Como Nicea (325), Constantinopla (381), Calcedonia (451) o Trento (1545-1563), el Vaticano II se está convirtiendo en un referente insoslayable tanto de la vida de los fieles (consciente o inconscientemente) como de la teología. No es para menos. Tratarse del primer Concilio centrado en reflexionar acerca de la identidad de la propia Iglesia y sobre su relación con el mundo es motivo suficiente, y más aún del modo en que lo hizo, rompiendo con la asfixiante atmósfera de la etapa anterior. Pero la riqueza de temas que debatió, los frentes que abrió y la revolución que supuso, serán difíciles de igualar en términos cuantitativos.

Sin embargo, cualitativamente aún existen campos por explorar. Detalles que entresacar, afirmaciones que aclarar, vidas que rescatar

¹ OLEGARIO GONZÁLEZ DE CARDEDAL, «Entrevista a propósito de la concesión del Primer Premio de Teología J. Ratzinger el 30 de junio de 2011 al teólogo abulense que recibió de manos de Benedicto XVI»: *Vida Nueva* (8-VII-2011), n.º 2761.

(nunca como hasta ahora se habían sacado a la luz la existencia de tantas mujeres interesantes... y las que quedan).

Toca ahondar, actualizar, poner en práctica, volver realmente a las fuentes (no sólo decirlo, sino hacerlo), experimentar los horizontes y los límites de las propuestas, hacer efectivas las conclusiones, reflexionar al hilo de la vida en cada nuevo contexto y en las diferentes culturas... Quizás se refería a eso González de Cardedal cuando calificaba el momento actual como de otoño y de siembra. Curiosamente el tiempo característico del cristiano. Ser sembradores forma parte central de nuestra misión; aun cuando en la realidad convivan igualmente el cultivo y la siega, pues Dios no nos deja solos y el Espíritu va recolectando a su modo (que pocas veces se corresponde con el nuestro, tentado continuamente por el reconocimiento, por lo más llamativo y lo esplendoroso).

¿Fue el Concilio época de siembra o de cosecha? Probablemente las dos cosas. Y en esta aparente época de transición en la que estamos, ¿tiene algo que decir la generación del 62?

A la sombra del Concilio

No es fácil convivir con un padre famoso y eminente, o con una ma-

dre insigne de la que todo el mundo habla bien. Los hijos no suelen tener la misma percepción aun cuando reconozcan las virtudes de los progenitores. Existe un vínculo entre padres e hijos que aporta un prisma con el que mirar las cosas de un modo particular y que merece la pena tenerlo en cuenta.

Los «hijos» del Concilio –los que nacimos a lo largo de los años de su celebración– hemos crecido bajo su enseñanza y su visión del mundo. La primacía de la libertad y de la misericordia de Dios sobre todo lo demás ha formado parte de nuestra infancia de modo natural, sin el «espíritu de conquista» tan característico de aquellos que habían luchado por ese mundo nuevo. Para la gran mayoría de nosotros no hubo infierno amenazante que nos hiciera temer por la integridad eterna de nuestra alma, ni tampoco palabras malditas e impronunciadas (como «pecado», «perdón», «redención» o «reparación») que hubieran castigado a nuestro interior. Por eso podemos escucharlas con otra predisposición.

Es inevitable. La relación con los «superiores» –en nuestro caso el Concilio y sus gentes– siempre está teñida de ambigüedades por muy buenos que sean. Necesitamos tiempo y distancia para reconocer los verdaderos logros, para

hacer nuestras propias conquistas aunque sean más pobres, para independizarnos sin perder la pertenencia, para equivocarnos también.

La sombra del Concilio a veces olvida que lo más valioso que tiene es su poder para protegernos de la tentación del encerramiento y para darnos descanso. Por eso a muchos que intentan vivir con autenticidad el evangelio les resulta chocante escuchar comentarios del tipo: «esto ya no es lo que era»; ya no se respira ese «soplo de aire fresco» que inundó a la Iglesia; «aquellos maravillosos años» son irrepetibles. Expresiones que transmiten desánimo y la convicción de que la generación del posconcilio está inevitablemente destinada a vivir en una zona mediocre y gris. Puede que en algunos casos sea así... de ninguna manera en todos.

Hacen falta palabras alentadoras. Pues el «espíritu del Concilio», al margen de ideologías (de las que andamos sobrados), no es exclusivo de una generación, sino que pertenece a la vida de los que se mantuvieron y mantienen fieles a Dios antes, ahora y siempre.

Quizás no produzcamos cosas brillantes, ni seamos tan combativos e inquietos; es posible incluso que debamos conformarnos con ser de

«Transición» (aunque bien mirado ese capítulo pertenece a las páginas más notables de la política y la sociedad española) pero nosotros somos *la cosecha del 62*; el fruto vivo de un acontecimiento que seguirá marcando la historia. Y lo mejor del Concilio son, sin duda, las personas.

El Concilio de nuestras vidas

Queda mucho por hacer, matizar y descubrir. Tarea de reconciliación y de descubrimiento de lo que nos ha sido dado. Es verdad. Aún así somos capaces de intuir la categoría del legado recibido y del que se nos ha hecho responsables para su difusión y encarnación. No podemos permitir que se cierren de nuevo las puertas que quedaron entreabiertas. Se lo debemos a nuestros padres, madres, sacerdotes, religiosos y tantos amigos que echaron el resto por encontrar el camino de retorno a lo más genuino del evangelio.

No todos los que participaron y vivieron el Concilio fueron buenos embajadores. Demasiada confrontación y extremismos han acompañado nuestra juventud. Pero haber conocido a algunos de los mejores es motivo de agradecimiento permanente y una gran responsabilidad.

Todo siglo que se precie cuenta con un Concilio en su haber. La lista de concilios ecuménicos a lo largo de la historia de la Iglesia suma veintiuno (veintidós si incluimos la Asamblea de Jerusalén, que bien lo merece). Uno por siglo, aunque en algunos se han celebrado más, y en otros (los menos), ninguno. Es un dato interesante que induce a pensar que cualquier generación está atravesada por un acontecimiento de esta envergadura que marca direc-

trices a todos los niveles de la vida del creyente. Ha sido una suerte y un gran privilegio que el Vaticano II sea el concilio de nuestras vidas. Donde el *anathema sit* quedó desterrado y el diálogo, elevado a categoría básica de la misión del cristiano. Ha quedado escrito en los documentos, reconocido incluso en el ámbito civil, y ratificado en la vida de muchos testigos. Ya no se puede prescindir de él y nadie nos lo puede quitar. Podemos respirar tranquilos. ■